

ARTICULO SEGUNDO.

RELACION NUMERICA DE LOS SEXOS EN LA TIERRA.

La causa de la superabundancia de mujeres en los países cálidos, y de la de los hombres en los frios, corresponde á dos móviles principales: 1.º el descaecimiento de los hombres en el mediodía, y su pujanza en el norte; 2.º el uso de la poligamia y el de la monogamia.

Es muy cierto que los hombres robustos y de constitucion varonil enjendran comunmente mas niños que niñas, porque contribuyen con mayor brio á la formacion del nuevo ente, con especialidad cuando se les deparan mujeres menos poderosas. Síguese de lo dicho que, estando los hombres septentrionales dotados de complexión mas recia que los del mediodía, deben necesariamente influir mas que estos últimos en los productos de la jeneracion. Bajo la zona tórrida, yacen los hombres quebrantados por el calor; tienen la voz aguda, escasa barba y menos vello, músculos endebles, espaldas y pecho hundidos, y caderas un tanto anchurosas como las mujeres; tales hombres influyen muy poco en la descendencia. Otra causa contribuye tambien á la mayor multiplicacion de las hembras en los terrenos cálidos, la cual consiste en que el calor aviva en ellas el cariño, amortiguándolo en los hombres; pues se ha observado que las mujeres eran mas

amorasas en verano, y los hombres en invierno. De ahí es que los hombres, siendo mas vigorosos en el Norte y durante el invierno, producen mas varones; y las mujeres mas hembras en los países cálidos y en verano.

La poligamia fomenta necesariamente la poligamia, segun se ve entre los animales, pues siempre nacen mas ovejas, cabras y terneras, que toros, machos de cabrío y carneros. Entre las aves polígamas, como la gallina, sobrevienen mas hembras que en las especies monógamas (1). Un hombre que se entrega á muchas mujeres se debilita con tan repetidos desfogues, al paso que la mujer que, propiamente hablando, no posee mas que un cuarto ó un tercio de hombre, debe predominar en el acto de la jeneracion; de donde resulta que da mayor porción de su sexo, y produce mas hembras que varones. Esto sucede jeneralmente en los encuentros donde el marido es relativamente mas débil que la mujer (2). Forster cita varios ejemplos de estos hechos de las diversas naciones polígamas que visitó (3); y es bien sabido que los hombres de complexion linfática producen mas hembras que varones.

Al contrario, cuando los pueblos de costumbres sencillas viven sin guerras, sin emigraciones, sin

(1) Willughby, *Ornithol.*, páj. 93; y Harvey, *De generatione animalium*, páj. 84.

(2) V. á Hipócrates, *De genitura*.

(3) *Observaciones sobre la especie humana*, en el segundo Viaje de Cook.

oficios penosos, sin la marina y el comercio, que anonadan tantos hombres, debe por precision aumentar indefinidamente la abundancia de varones, harto comun entre los monógamos, especialmente en los climas frios. De esto resulta con el tiempo menor número de mujeres que de hombres, y pronto se establece la poliandria, como se ve entre los Tibetanos, los naturales del Butan y del reino de Nepaul, en el centro del Asia, y en Ceilan y entre algunos bravos de la América septentrional (1); los antiguos Bretones, segun cuenta César (2), se avenian á alternar muchos hombres con una sola mujer; y los Nairos de Calecut escasean tanto de mujeres, que se ven en la precision de ir las repartiendo entre sí. En los montes llamados Gates, en la India oriental, hay muchas tribus de pastores que toman una sola mujer entre muchos maridos. Prepondera en el dia el número de hombres en los Estados- Unidos (3), y aun en Nueva-España (4); pues solo se cuentan en aquellos paises noventa y cinco mujeres por cien hombres. Fuera de esto, los Europeos que emigran á aquellas rejiones, aumentan este desnivel, que hay naturalmente entre los Indios de la Puebla, Nueva-Valladolid, etc., á pesar de que no se halla establecida entre ellos la poliandria.

(1) Los Iroqueses Sonontuanos tienen cada dos maridos una mujer, segun Lafiteau, *Moeurs des Sauvages américains*, tom. 1, páj. 477.

(2) *De Bell. gallic.*, lib. V.

(3) Samuel Blodget, *Statistical manuel for the United States*, Philad., 1806, en 8º, páj. 75.

(4) Humboldt, *Essai polít.*, tomo 1, páj. 137.

Es un error creer que todos los pueblos, y aun los polígamos, sean celosos de sus mujeres; pues no parece debido exigir de ellas la fidelidad que respecto de las mismas se quebranta; si bien es verdad que las consecuencias no son iguales para ambos sexos. Vense en Italia muchos *chichisbeos*, que suelen hacer veces de marido, sin que este jamás se muestre quejoso. Muchos ejemplos podria citar de naciones, en las cuales son los maridos muy ahenables; tales son algunos pueblos de las Indias y de África (1). Tambien los hay entre los Tártaros (2), y habíalos antiguamente en Escocia y en Inglaterra (3). En el dia los naturales de Owhyhee, en las islas Sandwich, entregan sus mujeres á los navegantes por cortísimo precio; las madres brindan con sus hijas; los niños de ambos sexos se enlazan sin distincion, en términos que estan ya depravados desde su mas tierna juventud. Otro tanto sucedia en la isla de Otaiti, apellidada la moderna Citeres, entre las islas del Océano Pacífico; pero desde que los misioneros ingleses han convertido sus habitantes á la relijion cristiana, desapareció la disolucion de costumbres, y con ella la poligamia y el infanticidio.

(1) V. Ludov. Cadamosto, *Navig.*, cap. 95; Pietro della Valle, parte 3, epístola 7; Marco Paulo Veneto, libro 11, cap. xxxviii; Dampier, *Voyage*, tomo 11, páj. 71; Ludov. di Barthema, parte 2, cap. xi.

(2) Busquebio, *epist.* 3.

(3) Buchanan, *Rerum scoticar.*, lib. 4; Polidoro Virjilio, *Hist. anglic.*, lib. 10; y Suetonio, *in Caligula*, cap. xi, etc.

En ciertos países reinan leyes muy singulares en orden al deber conyugal. La mayor parte de los pueblos de Asia y África exigen en la primera noche de la boda indicios palpables de virginidad. Sobre este asunto se esplican terminantemente las leyes de Moisés, en el *Deuteronomio*, cap. xxii; así es que los Judíos de Alemania exigen todavía de sus novias las sábanas ensangrentadas (1). Los Españoles tenían la misma costumbre (2); y es aun considerada como deber indispensable entre los Turcos, los Ejiptios (3), los Marroquíes y demás Africanos (4); segun Niebuhr, todavía subsiste este uso entre los Árabes y los Persas (5); y otro tanto sucede entre los Asiáticos, si hemos de dar crédito á Sonnerat, Legentil, y á otros muchos viajeros. En el Darfur, en Nubia, adoptan un medio muy eficaz, pues cosen la vajina á las niñas, dejando tan solo un pequeñísimo orificio para las evacuaciones naturales, y en la época del casamiento separan con el bisturí los labios soldados. En otras partes se contentan con aplicarles un anillo que coje ambos labios (6). Entre los Circasianos, llevan las doncellas un ceñidor ó justillo de cuero bien cosido, y que solo el esposo tiene el

(1) Valisneri, *Galer. di Minerv.*, tomo III, páj. 413, y Schlichting.

(2) Ranchin, *De morbis virgin.*, páj. 358; Joubert, *Err. popul.*, lib. v, cap. iv.

(3) Perry, *Travels*, páj. 250.

(4) Saint-Olon, *Voyage á Maroc*, páj. 86; Lemaire, *Voyage*, páj. 152; y en el rio Gambia, *Recueil de Voyages*, tomo VII.

(5) Chardino, tomo VII, páj. 164.

(6) Pierre de Saintré, *Voyage en Guinée*, tomo I.

derecho de rasgar con la punta de su puñal. Los Cósacos, segun Lambert (1), y los Rusos y Siberianos, segun Chappe, tienen aun la costumbre de requerir testimonios sangrientos de desfloramiento, lo mismo que los Griegos del Archipiélago, segun Sonnini.

En los países frios, en donde reina la monogamia, y son los hombres mas vigorosos que las mujeres, deben nacer mas varones que hembras, y de ahí es que la monogamia trae consigo mismo su fomento. La relacion numérica entre los sexos varía tambien segun el estado de las costumbres, pues en los parajes donde llegan á desenfrenarse, quebrantándose los hombres, aumenta el número de las hembras; sucediendo lo contrario en los países en donde aquellas son puras, por conservar los hombres todo su vigor. Así pues, en las rejiones septentrionales y en los países de escasos haberes y temple contenido, como en las montañas de Escocia, de Suiza y de los Alpes, en Suecia, Dinamarca, en Rusia, y en las democrácias, el número de varones escede al de las hembras en un décimo quinto, un décimo cuarto, y hasta en un duodécimo. Conforme los climas son mas cálidos, mas acomodados y menos independientes, y sus habitantes mas relajados, queda reducida aquella proporcion á un décimo séptimo, á un vijésimo, y aun á meños. El número de ambos sexos es casi igual en el mediodía de la Francia, en España, en Italia, y especialmente

(1) *Rec. de Voyages au Nord*, tomo II, páj. 284.

en las ciudades populosas; pues no siendo en ellas tan puras las costumbres como en los lugares y aldeas, y adoleciendo por otra parte de mas frío y humedad, debe necesariamente aumentar el número de las hembras. En Lóndres y Paris, hay mas mujeres que hombres, pero lo contrario sucede en las aldeas distantes de las ciudades populosas. Los labriegos producen mas varones, y los ciudadanos enjendran mas hembras. Con frecuencia se establece la poligamia de hecho en las ciudades mas populosas; pero consérvase la monogamia en las chozas con la pureza de costumbres.

Fuerza es por tanto que en los climas cálidos tomen los hombres muchas mujeres á la vez, ya que estas preponderan segun veremos luego. En Benin y en Méjico, se han visto hombres que tenian mas de cien mujeres; en las islas Maldivas, no es lícito tener mas de tres mujeres á un tiempo (1). Entre los bravos de América, jactábanse los caudillos de tomar muchas mujeres, especialmente entre las prisioneras.

Si en aquellos parajes tiene un solo hombre muchas mujeres, parece que en el Norte una misma mujer debiera tener muchos maridos, si á esto no se opusiesen el mantenimiento del orden social y el derecho de paternidad; pues ¿quién desempeñara las incumbencias de padre, cuando nadie pudiera cerciorarse de serlo? ¿cómo podria ser acatada y obedecida por su familia la mujer que alternativamente fuese poseida por muchos hombres?

(1) Franc. Pyrad, *Voyages*, parte 1, cap. XII.

El Tibet, pais montuoso y muy frio, debe naturalmente producir mas varones que hembras; su aislamiento de las demás naciones, á causa de las altísimas cordilleras que lo acorralan; la indole pacífica y sedentaria que la relijion infunde á aquellos pueblos, y la falta de comercio, no arrebatan á los hombres como entre los pueblos guerreros, marinos, comerciantes y emprendedores de Europa. La demasía de hombres pudiera por lo mismo causar graves trastornos en el Tibet, si la sabiduría de las leyes no hubiese acudido á tamaño inconveniente. Así es que el gobierno teocrático de aquella rejion se compone absolutamente de hombres vinculados al celibato, y todo el pais está cuajado de monasterios de hombres. No se desarraiga con todo el achaque, puesto que con la costumbre de dar una sola mujer á muchos maridos, escojiendo con preferencia los de una misma familia ó hermanos (1), deben necesariamente preponderar los varones en la jeneracion, por ejercer mayor pujanza el sexo masculino. Otra razon cita el viajero Turner (2), y es, que siendo muy estéril aquel pais, la poliandria lo

(1) En las Nilghemis, ó montañas azules, al norte del Indostan, que son muy frias y elevadas, se ve una clase de pastores llamados *Todevis*, entre los cuales reina la costumbre de no tomar todos los hermanos juntos mas que una sola mujer, y esta elije para compañero de mesa y lecho al que mas le agrada. Los hombres de estos paises son robustos, sus facciones toscas, la nariz aguileña, y su tez es parecida á la de los Europeos. Las mujeres de los Newares pueden tomar cuantos maridos se les antoja. Igual costumbre notó John Davy en la isla de Ceilan.

(2) *Embajada al Tibet*, tomo II.

puebla muy poco, y precave de esta suerte el nacimiento de una multitud de niños, á quienes las escaseses de aquellas rejiones pudieran causar la muerte, como desgraciadamente sucede en la China, donde los padres se ven muchas veces en la dura necesidad de abandonar sus hijos al desamparo ú al esterminio.

Adviértase no obstante que la poligamia se originó en los climas cálidos, porque su abastecimiento sumo proporciona la cria de muchos hijos á poquísima costa.

Si las mujeres son necesariamente esclavas cuando muchas de ellas pertenecen á un solo marido, lo contrario deberá suceder en el Tibet. Con efecto, refiere Turner «que una Tibetana es tan celosa de sus derechos de esposa como puede serlo un déspota indio de las hermosuras que atesora en su *zenana* ó haren». Siendo los hombres en aquel pais esclavos en cierto modo de la mujer, es natural que no sean propensos al matrimonio, y efectivamente, asegura aquel viajero que este yugo les parece odioso. ¿Cómo es posible que los celos y los odios enconados por la preferencia no apesadumbren las familias con desavenencias desesperadas? ¿Cómo puede el hombre vivir en perpétua contraposicion con sus competidores, no poseyendo mas que una quinta ó sexta parte del corazon de su esposa? ¿Cómo puede apreciar á la que anhela ilimitados logros en los brazos de muchos maridos? La mujer esclava solloza en el haren de un sultan altanero, que requiere á viva fuerza los afectos de su corazon sin

allanarse á granjearlos, y que solo ve viles instrumentos de sensual deleite en las compañeras de su encierro; pero ¡cuánto mas desventurado ha de yacer el hombre rendido á los torpes desafueros de una Mesalina! Es verdad que con el predominio trascendental del hábito han debido amainar en parte tan graves inconvenientes: el carácter yerto y apocado de los Tibetanos, el imperio de una relijion entrañable, han bastado tambien por sí solos á sostener entre ellos la poliandria; costumbre contraria á las miras de la naturaleza, puesto que se opone á la multiplicacion de la especie, y usurpa la autoridad del marido para conferirla á la esposa.

Síguese de las diferencias numéricas de los sexos que, hallándose en las frias rejiones septentrionales muchos hombres sin mujer, deberán estos separarse de la sociedad y de su patria, ser mas propensos á emprender largos viajes y emigraciones, formar colonias lejanas, refluir con las armas en la mano en las rejiones meridionales, y ser finalmente mas audaces y belicosos que los otros pueblos: tal es efectivamente la pintura que nos hace la historia de los pueblos del Norte. En todos tiempos han bajado de sus heladas guaridas á las apacibles rejiones del mediodía. Ajenos de los vínculos de familia, dotados de cuerpo robusto, y no teniendo nada que perder, puesto que nada poseen, van á buscar con ansia en otros paises mas aventajados por la naturaleza la mujer y el pan que en el propio les falta. Al contrario, el habitante de la zona tórrida se ve ya jóven cargado de numerosa prole y del manteni-

miento de sus esposas: su endebles le ataja todo deseo y aun facultad de intentar semejantes empresas, y le vincula á una vida sedentaria.

El establecimiento del duelo ó desafio entre los septentrionales debe tambien atribuirse á la monogamia; pues ni los Tártaros mogoles, ni los Turcos, ni los Asiáticos, ni los pueblos polígamos de las regiones del Norte, conocen tan bárbara y sangrienta costumbre, porque poseen un sinnúmero de mujeres. En efecto, el oríjen mas frecuente de las peleas particulares entre los hombres procede de su competencia tras una sola mujer, lo que no sucede entre las naciones polígamas. Tambien riñen los animales entre sí en la época del celo, por gozar á sus hembras; tales son entre otros el perro, el lobo, el ciervo, el toro, el gallo, la codorniz, etc. Así pues, la costumbre del duelo trae su oríjen de los pueblos monógamos del Norte, porque escediendo entre ellos el número de varones al de hembras, debió la competencia abortar interminables reencontros y luchas en pos del anhelado logro. Aunque se suponga que el objeto de los desafios sea el pundonor, dirémos que el mismo pundonor es en el galanteo un realce importante para alcanzar de la mujer la preferencia ante sus rivales; pues ¿qué mujer puede encariñarse con el hombre que no teme la deshonra (1)? Esta aprension concuerda de suyo

(1) El uso del duelo ó monomaquia, tan comun entre los pueblos de la Europa moderna, es casi desconocido entre las demás naciones. Algunos autores atribuyen su oríjen á los bárbaros del Norte, allá cuando sus irrupciones de la edad média;

con el raudal de los acontecimientos humanos, pues es muy cierto que propendiendo la naturaleza principalmente á la perfeccion de las especies, ha sembrado, por decirlo así, semillas de discordia en el campo del galanteo, para arrinconar á los individuos apocados, y para que preponderasen los mas valien-

sin embargo vese un ejemplo de esta costumbre en la *Sagrada Escritura*, entre David y Goliat, y otro en la *Iliada*, entre Menelao y Páris. Tampoco era desconocida de los Iberos (Tito Livio, *Anal.* xxviii, y Plutarco, *Vita Scipionis*). Corbis y Orsua, principes españoles, se retaron por el trono, y otro tanto hicieron Edmundo, rey de Inglaterra, y Canuto de Dinamarca, segun Polidoro Virjilio, *Hist. angl.*, lib. vii.; y Hunding y Rohé, reyes daneses (Crantz, *Descript. Danicæ*, lib. i, capítulo xxi). Los Mantineos no fueron inventores del duelo, como se ha supuesto (Alciat, *De Singulari certamine*, cap. 11). Esta costumbre prevaleció desde la mas remota antigüedad entre los Españoles (Mariana, *Hist. de España*, título iv, parte 7), entre los Daneses (Saxo Gramático, lib. v), entre los Germanos (Lamberto Schafnaburg, *Hist.*), entre los Lombardos (*Lex longob.*, tit. de homicid., et qualiter se quisque defend. debet), entre los Francos (Guido Papæ, *Decis.*, 191, Hotoman, lib. iii, *Observ.*, cap. xv; Carondas, *Decis.*, 607): Gontrando, nieto de Clodoveo, permitió el duelo (Gregor. Turon., *Hist.*, lib. x, cap. x), y autorizólo en 501 Gundebaldo, rey de los Burguiñones, considerándolo como verdadera manifestacion del juicio de Dios. Carlomagno introdujo en las causas criminales el desafio en vez del juramento (*Capitulares*, tit. 54), y posteriormente en las civiles (Lib. v. *Leg. franc.*, tit. 14). Oton iv, emperador de Alemania, estableció la misma ley en la Romanía, el año 988 (*Leg. antiquæ* y *L. ult.*, lib. 11; *leg. lomb.*, tit. 54); costumbre que tambien se estendió por la Moscovia, segun Olao Magno (*Gent. sept.*, lib. i, cap. x), y entre los Suecos, Noruegos, etc.

tes. De ahí es que en la época de la brama riñen desesperadamente los machos de los animales, bien así como los mozos competidores tras una misma belleza. El corazón de la mujer, lo mismo que el de las hembras de los animales, es naturalmente propenso á dar la preferencia á los varones de mayor pujanza y valía, ya porque prometan más placer, ya porque ofrezcan á un ente tan delicado más sólido arrimo y más poderoso resguardo.

La naturaleza, tan próspera en todas sus miras, resarce á la mujer el menoscabo de su hermosura con el don del ingenio. No cabe duda en que la mujer, pasado ya el tiempo crítico, es más ingeniosa y atinada que los hombres de la misma edad. El redoblado vaiven de la juventud, el estudio del corazón humano y de la sociedad, dan entonces á la mujer aquel delicado tacto, aquel arte de acierto decoroso, aquel hábil tanteo, que ningún hom-

Entre los Romanos, no hubo jamás ley alguna que autorizase el duelo; este no es conocido en Asia, en la India, entre los negros, los bravos de América, etc. Entre los Japoneses, el agraviado se abre el vientre en canal de un navajazo, y el pundonor requiere que el contrincante haga lo propio. Hasta los Turcos nos gradúan de bárbaros en el duelo; sin embargo los Drusos del Líbano tienen la misma costumbre, según Niebuhr (*Descrip. de Arabia*). Vanos fueron siempre los decretos de los reyes para reprimir los duelos (Savaron, *Tratado contra los duelos*). Sobrado cierto es por desgracia que la opinión sostiene esta costumbre tan bárbara y absurda en sus efectos; pero el pundonor y el concepto de valentía que la acompaña eternizan entre nosotros la odiosa jurisprudencia de la espada. (Pasquier, *Recherches*, lib. iv, cap. i).

bre puede alcanzar, porque no clavó en los acontecimientos el ahinco jenial de la mujer. En todos tiempos y por todos los pueblos, las mujeres ancianas merecieron el acatamiento de los hombres; y aun en los países donde son esclavas, como en Turquía, Persia, etc., se granjean las madres de familia el señorío á que son acreedoras por su perspicacia y larga experiencia. Acostumbradas por el estudio de la sociedad al conocimiento del corazón humano, saben gobernarlo y dirigirlo á su albedrío; de ahí es que en otro tiempo se las nombraba juezes en los altercados, y como los años se llevan consigo el amor, ya no se dejan seducir tan fácilmente por la mocedad y la hermosura. Los pueblos sencillos, reconociendo el tino de las mujeres ancianas, les atribuyeron con frecuencia un carácter divino, y viendo las más veces comprobadas las predicciones de lo venidero, por la experiencia que adquirieran, las reputaron á ciegas inspiradas por los dioses ó las divinidades. Hé aquí la causa porqué en todas las religiones antiguas hicieron las mujeres tan descollante papel.

En lo antiguo, promulgaban las mujeres oráculos entre los Germanos, así como entre los Hebreos, los Griegos y los Romanos. Las sibilas, las pitonisas, las hechiceras (*sagæ*), las magas, las sacerdotisas, eran mujeres ancianas amaestradas en el arte de esclavizar los ánimos sencillos, dominándolos con el temor y la esperanza, eternos móviles del espíritu humano. Aun en el día, entre nuestros sencillos labriegos, las mujeres ancianas ejercen generalmente

mayor influjo que los hombres en los negocios de la vida; embelesan la niñez con sus cuentos y consejos, y en algunos lugares se las tiene á veces por hechiceras, bien así como en otro tiempo temian las jentes á los sabios mas hábiles que el vulgo, reputándolos por brujos ó magos.

Otra causa contribuia á dar pábulo á estas opiniones. Como las mujeres estan dotadas de prodijiosa movilidad de nervios, acrecentándose muchas veces sus achaques histéricos despues de la cesacion del flujo menstrual, los síntomas extraordinarios y las convulsiones de esta enfermedad persuadieron al vulgo que estas mujeres estaban hechizadas ó espirituadas. Bajo esta suposicion se les atribuyen mil portentos; y ya se deja alcanzar el sumo predominio que las tales mujeres deben ejercer sobre el vulgo débil é ignorante. Hé aquí porque todavía se encuentran tantas decidoras de buena ventura y sorteadoras de naipes, etc., y tantas jentes que van á consultarlas, no solo en los lugares y aldeas, sino tambien en las ciudades mas famosas por la ilustracion de sus habitantes. Entre las naciones polares tan menguadas por la crudeza del frio, como los Lapones, los Samojedos, los Jucagres, los Chuchis, los Coriacos nómades, los Jacutos, etc., obsérvase, especialmente entre las mujeres, singular disposicion á los vaivenes espasmódicos (1). Las Laponas tienen rara vez el menstruio (2), como tampoco lo te-

(1) Pennant, *Arctic Zoology*, tomo I, páj. 79.

(2) Van Swieten, *Comm. in Boerhaav*, tomo IV, páj. 395, segun Lineo.

nian, segun Hipócrates, las Escitas de su tiempo; las Samojedas, aunque tienen el menstruio desde muy jóvenes, nunca lo presentan en abundancia (1). Tienen la fibra muy escitable; el menor contacto impensado, un ruidillo inesperado, el meneo de una hoja, tan poco basta para conmover el sistema nervioso de estas mujeres y de las Tongusas, Buretas, Jacutas, Kamstchadalas, y de las que viven derramadas en las rejiones del Oby y del Jenisea (2). Los olores hediondos empirreumáticos, como de pelo quemado, restablecen á veces la quietud en sus fibras delicadas, móviles y tirantes. De semejante constitucion nace una propension muy dominante á los vapores, á las creencias supersticiosas de hechicerías, majia, etc. De ahí es que las tales opiniones se ven jeneralmente arraigadas entre el sexo femenino de aquellas rejiones, causando mañas absurdas y mil estravagancias religiosas. Lo intenso del frio, la escasez suma de alimento, los sustos de la vida selvática, son, al parecer, las principales causas de esa tirantez nerviosa, cuya violencia se acrecienta en la época del menstruio. Pallas (3) asegura que los hechiceros ó sacerdotes chamanes y lamas de aquellas naciones pretenden curar esta especie de locura gozando aquellas muchachas, y esta receta ha venido á ser un derecho que se apropian.

Entre la numerosa familia de pueblos malayos, que desde la península de Malaca, asoman por todas

(1) Klingstedt, *Mem. sobre los Samojedos*, páj. 43.

(2) Pallas, *Viajes*, etc.

(3) *Viajes*, tomo V, páj. 195.

las islas del vasto Océano y del mar Pacifico, desde Madagascar, las islas de la Sonda y las Filipinas, hasta Nueva Zelandia, las islas Marquesas, Sandwich, etc., nótese suma variedad en la fisonomía y costumbres de las mujeres. Échase de ver en ellas cuánto influye el alimento, pues las consortes de los caudillos, no solo en Otaiti, sino tambien en las demás islas del mar del Sur, alcanzan mayor estatura, y tienen facciones mas regulares que las del pueblo, las cuales por otra parte se abandonan generalmente desde muy temprano á todos los excesos de la prostitucion (1). Hase notado tambien que la ternura maternal mengua á proporcion que crece este desenfreno moral; pues las mujeres de Otaiti, que tenían hijos de un hombre de linaje inferior al propio, acudian al infanticidio en descargo de su liviandad, sin el menor viso de remordimiento (2). En Formosa, la escesiva poblacion ha sido causa de que se estableciese una ley cruel, por no entorpecer el deleite, que entre aquellos pueblos desmoralizados avasalla todas las consideraciones: ninguna mujer que no haya llegado á los treinta y cinco años, puede llevar en aquel pais á feliz término su fruto, y si antes queda embarazada, las sacerdotisas le pisan el vientre para hacerla abortar (3). En Nueva Holanda, si pare una mujer dos mellizos, sacrifican el mas débil, ó la hembra, matándolo á pedradas, y lo mismo hacen con los hijos que no pueden criar, ó

(1) Hawkesworth, *Coleccion de viajes*, tomo II, páj. 448.

(2) *Bibl. britan.*, tomo XVI, páj. 367, *relac. de los mision.*

(3) *Annal. des Voyages*, tomo VIII, páj. 354.

llevar consigo en sus viajes dilatados, ó que pierden á su madre. Es verdad que tan atroz barbárie dimana del estremado desamparo de aquellos salvajes (1), é igual oríjen traen los espósitos tan frecuentes entre los Chinos, y los abortos de las Japonesas (2).

Jeneralmente hablando, los pueblos malayos, celosos y feroces en amor, son estremadamente sensuales, y vense en Amboina ancianos decrepitos repudiar á sus añejas compañeras para arrojarse al regazo de lozanos pimpollos; y tambien hay países en donde los padres no reparan en gozar á sus hijas, con el bárbaro pretesto de que quien plantó el árbol puede paladear su fruto.

ARTICULO TERCERO.

DE LAS MONSTRUOSIDADES NATURALES OBSERVADAS EN LA MUJER ENTRE LAS CASTAS NEGRAS.

Mucho se ha hablado de una singular produccion de los órganos sexuales de varias Hotentotas, comparándola á un mandil de piel; pero no ciñéndose á esto solo las particularidades de la organizacion en los individuos de esta casta, vamos á esponer circunstanciadamente su historia, con presencia de una de estas mujeres que todo Paris ha visto viva durante largo tiempo.

(1) Collins, *Trav. New Holland*, apend., n.º XI; Peron, *Voyages*, tomo I, páj. 468.

(2) Gemelli Carreri, *Voyages*, tomo V, páj. 323.